

dinero—, llegó a deslumbrarme. Dice uno de los grandes maestros actuales que «la influencia de este libro en Alemania sobre la teoría dineraria ha sido, en su mayor parte, aberrante» (Schumpeter). Para mí es una joya, tanto en su concepción como en su desarrollo. Los primores literarios de un escritor no siempre puede apreciarlos un extranjero y en este caso corta, o ninguna, es mi autoridad, pero con audacia Regino me asegura que quisiera encontrar el estilo diáfano y sugerente de este portentoso historiador en todos los libros de ciencia alemanes, o de cualquier lengua que leyera sin esforzarse demasiado.

Como en Munich, asistí en Berlín a las clases, poco concurridas, de profesores de menor edad que las vetustas luminarias, y aunque no encontré ninguno tan joven como los citados doctores muniqueeses, varios maduros ya y de gran valor tuve a mi alcance.

Llevaba en Berlín, en cartera desde el verano, con varias cartas de presentación, dos que me había dado un amigo ruso, Eugenio Alesandrovich Frenkel: una para Ladislao von Bortkiewicz y la otra para Werner Sombart. Las dos estaban firmadas por Tugan-Baranowski, reputado intérprete de Carlos Marx, en el sector revisionista, nacido como Frenkel en Ucrania. Con la carta dirigida a Bortkiewicz no pude dar cuando quise presentarme, pero recordaba haber leído que Bortkiewicz, a pesar de estar postergado en la universidad, era autor de estimadísimas publicaciones dedicadas a problemas de teoría económica y a métodos estadísticos. «Conoce Bortkiewicz mejor que nadie —me dijo uno de los pocos estudiantes que asistía a todas sus lecciones— a los clásicos, y ha desentrañado, por lo menos, un importante capítulo de la obra de Carlos Marx». Era Bortkiewicz un hombrachón muy serio y muy recio; su ciencia, poco accesible para mí, sin preparación ni devoción matemática, no pude captarla. Tuve sin embargo, con poquísimo rendimiento, extraordinaria perseverancia, y contribuiría sin duda a mantenerla el propósito de evitar una deserción más que dejase sin oyentes a aquella preterida eminencia. Una de las razones de su aislamiento pudiera ser su extranjería; de origen polaco, criado en Rusia, cuando llegó a Alemania (por Estrasburgo) era ya un hombre hecho y derecho. Así como en las lecciones de Wagner no conseguí descifrar los vocablos, en las de Bortkiewicz no estaba en la lengua, que la morosa pronunciación foránea suele aclarar, sino en el asunto el invencible impedimento.

Di los primeros pasos de mi actividad berlínesa dirigido por Ballod. Era, como Stieda, satélite de Schmoller, asiduo colaborador en su revista. Su labor científica es importante. De apariencia humilde, prematuramente envejecido, fue siempre condescendiente y celoso con el grupo mío de alumnos rezagados. No recuerdo el número total de oyentes que posiblemente no pasarán de dos docenas; nos conducía y alentaba, a los reacios o tímidos, e insistía para hacernos hablar, disculpando nuestras faltas. Acababa entonces de leer Regino una obra que le enseñó mucho, el primer tomo —único aparecido— de la *Historia de las doctrinas económicas* de Oncken, que sigue siendo, con Hasbach y Esteban Bauer y, desde hace poco, con el portentoso *Análisis* de Schumpeter —publicado por su viuda— mi ventana sobre el mundo de los fisiócratas. Aquel cursillo de Balod, una especie de seminario de principiantes, fue complemento o campo de experimentación de lecturas proseguidas en la biblioteca de Berlín, más copiosa aún y tan acogedora como la de Munich, que antes he celebrado. En aquel semestre hasta marzo, y a partir del otoño siguiente (ya que en los meses interpuestos una enfer-

medad, la única que recuerdo, interrumpió mi labor y me obligó a regresar a España) fue muy asidua mi asistencia a las clases, una vez familiarizado con la lengua alemana. De otras lecciones debo mencionar las de F. Oppenheimer sobre la renta diferencial de David Ricardo y la Bodenreform, las de Eduardo Meyer sobre historia de la antigüedad, y las muy amenas de G. Simmel dedicadas a temas filosóficos y sociológicos, pero no me detendré, si he de decir algo de mi presencia en la Escuela Superior de Comercio visitada para escuchar a Werner Sombart.

No altero el orden de lo acontecido si antes de presentarlo, tal y como lo veíamos en la cátedra, acepto rumores difundidos en la universidad, y fuera de ella, acerca de la situación académica de Sombart. Sorprendía a lectores de sus libros famosos que no fuese profesor ordinario —algo similar a lo que se decía, con menor énfasis, sobre Borkiewicz— y molestaba que para escucharle fuera imprescindible acudir a otra escuela. Extranjeros, estudiantes veteranos de economía, daban distintas versiones del caso, recibidas casi todas de labios o plumas alemanas. Éstas las tomo en cuenta y repito lo que decían, no tan sólo los extranjeros. Lo hago sin información pero nada invento y recordaré, en mi descargo, el aplauso que he dado a los aciertos generalizados del régimen de ingreso y de selección en vuestro profesorado universitario. Bajo esta regla general lógico es que hubiera excepciones, y una de ella sería que el ingreso de Sombart en la universidad lo precedieran, en tres vacantes consecutivas, tres economistas menos conocidos y menos estimados por la crítica. No diré sus nombres; fácil es dar con ellos y graduar su peso. Mi frágil memoria no retiene otro nombre, muchas veces repetido entonces, del alto funcionario que en el Ministerio de Cultos del Reich encauzaba las correspondientes apelaciones de profesores llamados a ocupar los puestos vacantes. Determinaron aquellas reiteradas pretericiones el estupor que provocara una de las primeras obras de Sombart, reeditada numerosas veces no siempre con el mismo título.

Pertenece Sombart, como Max Weber, a la generación posterior a Schmoller. Nacidos en 1863 y 1864, respectivamente, tienen muy distintos rangos y si los cito juntos es porque además de ser rigurosamente coetáneos, juntos editaban, con el estadístico Jaffé, el *Archiv für Sozialwissenschaft*, revista muy conocida; y en lo más importante de la labor inquisitiva se presiente la influencia de Max Weber. Quiero puntualizarlo luego. Sabido es, por otra parte, que a pesar de haber muerto relativamente joven Weber (1920) sus empresas científicas y políticas rebasaron, por su elevación y universalidad de temas, el marco profesional de todos los economistas de su tiempo.

Como quiera que de Sombart estoy hablando, ahora debo recordar que, después de haber estudiado en Pisa, dedica su primer trabajo a un asunto de economía italiana: *Die römische Campagna*, publicado (1888) en las *Forschungen* de Schmoller, bajo cuya dirección había estudiado algún tiempo. Nada tiene de común con el *Kathedersozialismus* la obra de Sombart, que acaso frenara el curso de su carrera y traducida, no alcanzaría la notoriedad de sus frutos más cuajados, surgida en 1896, con el título de *Sozialismus und soziale Bewegung in 19 Jahrhundert*. Obra que indujo al error tanto a los universitarios timoratos y alarmados ante lo que escribía un economista burgués, como a los miembros de la socialdemocracia, que concibieron la esperanza de ganar un nuevo adepto. No sé dónde, ni cuándo, iniciaría Sombart la vida docente antes de ser nombrado (1900) profesor extraordinario en la universidad de Breslau. La Escuela

Superior de Comercio de Berlín le recibiría en 1906, después de haber publicado la primera versión del *Moderne Kapitalismus* (dos tomos, 1902), *Wirtschaft und Mode* (1902) y *Die deutsche Volkswirtschaft in 19 Jahrhundert*. Acaso habría publicado más libros antes de 1906, pero ninguno de igual calidad que su obra magna, tal y como apareció por primera vez. Habré de considerar principalmente la edición definitiva y otras circunstancias ratificadoras teniendo presente que entre la primera y la última edición mediaron veinticinco años, y que entretanto no dejaría su libro de la mano y así lo prueban otros, complementarios suyos.

Su interpretación del marxismo la exterioriza por primera vez en 1909, *Das Lebenswerk von Karl Marx*. Regino únicamente había leído, en Madrid, un par de años antes, la *Kritik der politischen Oekonomie* y, claro está, el memorable y misterioso prólogo. Por eso le impresionaron las frases de Sombart escritas en 1911, durante su escolaridad berlinesa (*Technik und Wirtschaft*). Sombart, ante el debatido concepto de las *Produktionskraefte* escribe: «La economía es una función de la técnica; las restantes manifestaciones de la cultura son funciones de la economía», de aquí que «sólo es concebible una posibilidad de la economía (tan sólo un régimen económico), en el seno de una determinada técnica y únicamente la posibilidad de una cultura, en un determinado régimen económico». En una palabra: la técnica trae consigo la economía, y la economía acarrea todas las demás manifestaciones de la cultura. Pero, claro está, la versión definitiva del «capitalismo moderno» no presupone que este sistema económico sea una criatura de la técnica, ni renuncia Sombart a investigar su génesis, su desarrollo y sus metamorfosis.

A Regino la interpretación del materialismo histórico según Sombart (aceptada por algún marxista) le parece de perlas acaso por preferir, más que ninguna, las aclaraciones concisas. Bien se ve, leyendo el *Capitalismo moderno*, que Sombart no acepta el credo, no es «partidario». Esta palabra castellana la escribe —para terminar pronto— recordando un cuento que, lejos de mi tierra, no habréis oído. Un campesino vasco de torpe lengua (cuando tenía que hablar castellano) estaba casado con mujer de Castilla. Al regresar de misa le preguntó la esposa cuál había sido el tema del sermón; «el pecado» manifestó el marido; «y ¿qué ha dicho?», volvió a preguntar ella, y el campesino, para ahorrarse trabalenguas, hizo este resumen: «que no es partidario». Aunque Sombart no aceptase el materialismo, conoce y admira la producción teórica e histórica de Marx, y llega a pretender, por otro camino, ir más lejos. Está su obra libre de tendencias políticas y sociales; no engarza su versión de la realidad juicios valorativos acerca de lo que debiera ser; prescinde de normas éticas en su investigación de la génesis, del desarrollo y de la culminación del capitalismo moderno; profesa —valga la expresión— una estricta «neutralidad ética». Presiento aquí una influencia de Max Weber. A Sombart, en su empresa científica, le atrae la esencia del capitalismo. Prescinde de lo que luego pudiera advenir, en un fatal proceso del cual se desentiende; no pronuncia admoniciones, ni preferencias; examina el *estilo* (su palabra predilecta), el estilo económico que precede a la culminación del capitalismo, y recorre las etapas sucesivas aportando grandes novedades cuando persistía la polémica Mengel-Schmoller, e imperaba el divorcio entre la teoría económica y la historia de la economía, en las universidades alemanas; inaugura por consiguiente una época. El examen teórico del material empí-